

XIII.

DONDE SE TRATA DE LA SEÑORA DE MARSILLON QUE LLEVABA MASCARONES DE ORO SOBRE CAMPO DE GULES.

Al llegar al salon de Conversacion Octavio fué aclamado.

—Parisis! Parisis! Parisis!

Todo el mundo se disputó quien lo tendria á su mesa.

—Por aquí! por aquí! por aquí! gritaron todos.

Octavio buscaba á las mujeres con los ojos, bien como si tuviese el presentimiento de que debia ver á Violeta.

Se volvia de las carreras, se era aun en esta locura de la bajada de la Courtille.

—Que fortuna de verte aquí! á tí á quien nadie ya esperaba!

—Esto sin embargo no estoy de fortuna, dijo Octavio. Vengo de hacer la córte á una mujer por espacio de una hora; es una mujer á la cual no conozco y que me ha echado de su cuarto. Verdad es que quizá sea una fortuna, pues quien sabe si ha obrado así

en obsequio de alguien? Conoceis á la señora de Marsillon!

—Si la conocemos! no conocemos á nadie mas que á ella!

—Entendámonos: la conoceis *intra muros*?

—Oh! en cuanto á esto no. Es muy hermosa: todo el mundo se lo dice; pero ella no recibe homenages sino *extra muros*. Nadie de nosotros ha penetrado aun en su casa. Has entrado tú por la ventana?

—No: he bajado hasta su casa.

—Por la chimenea?

—Tal vez. Qué hace aquí ella?

—Juega.

—Sin padre, ni madre, ni hermano, ni amante?

—Cabal. Llegó aquí con un negro que cuidaba la cola de su vestido; pero el negro ha sido robado por una mujer de la clase media, hija de Breslau, que queria tener su sucesion colorada.

—Como pasa sus dias y sus noches?

—En cuanto á sus noches, este es el secreto de los dioses; en cuanto á sus dias, este el secreto de Polichilena. Viene con indolencia á jugar el treinta y el cuarenta á medio dia. No es ruidosa, ni coqueta: coge su puesto sin énfasis, dá los golpes con conciencia y juega estúpidamente.

—Cada uno juega segun su inspiracion, dijo una señora de rompe y rasga. Vos la encontrais muy bella y yo la encuentro muy bestia.

—Querida, nunca se es tan bestia como cuando

se dice algo no teniendo motivo para decir nada.

—Sí: conozco vuestra opinion:

La palabra es plata: oro el silencio.

—Lo cual no impide que esteis siempre elocuente.

—Si la palabra es plata, debieras poner la tuya en el número 36, pues el 36 no ha salido aun en todo el dia.

Para celebrar la llegada del duque de Parisis se habian traido tres mesas en torno suyo. Todos los corazones se habian acercado: á los postres, las mujeres bebian en los vasos de sus vecinos.

Era una pequeña fiesta del Café Inglés.

Octavio pensaba vágamente en la dama de la fonda de Francia. Veia como se dibujaban aquellos lechos con paramentos blancos que protegian el rey de Prusia y la reina Victoria.

A través de los humos del champagne veia un horizonte mas dulce. Aquel dia su ideal se fijaba en aquel cuarto que el destino le habia abierto y casi cerrado.

Despues de la comida se fueron de dos en dos—la mujer arrastrando al hombre—á echar un puñado de oro en la ruleta ó bien al treinta y cuarenta.

Octavio seguia buscando á Violeta sin pronunciar su nombre; pero Violeta no pareció, ya estuviese oculta en una fonda, ya hubiese dejado Baden.

Echó un billete de quinientos francos para la señora Tornosol que estuvo á punto de caer desmayada al ver aquella apuesta.

En cuanto al jóven no observó nada: la señora de Marsillon acababa de cruzar en frente suyo, mucho mas hermosa que cuando la vió en su cuarto.

—A quién buskais, señora? le preguntó atravesándose á su paso.

—No á vos, caballero.

—Haceis mal, pues si me buscais bien me encontraríais.

—Estoy furiosa. Figuraos que yo tenia mi puesto y aquel hipopótamo que veis allí, me lo ha quitado para jugar federicos. Lo deshonra.

—Y bien, señora, no os pongais furiosa. Voy á rogarle que os devuelva vuestro asiento: si se resiste, como es un aleman, le buscaré una querella alemana.

Al decir estas frases, Parisis se dirigió en línea recta hácia el hipopótamo.

—Caballero, vos sereis bastante amable para dejar vuestro asiento á una señora que está en pié?

—Nó! contestó el aleman.

—Estais casado, caballero, no es cierto?

—Sí!

—Pues bien, voy á robaros vuestra mujer.

—Poco me importa, dijo el aleman.

—Si robo á vuestra mujer, caballero, es porque en seguida os robaré vuestra hija.

—Vos me insultais, caballero!

—Es cierto.

—Pues bien, salgamos.

—Sí, caballero.

La señora de Marsillon habia vuelto á recobrar su asiento.

—Tomad, caballero, dijo al alemán, dándole un florin doble, aquí teneis el dote de vuestra hija.

La señora de Marsillon estaba conmovida en el instante en que apostaba en el colorado uno de los dos cartuchos que Parisis habia visto sobre la chimenea.

Perdió.

Todo el mundo tenia sus ojos fijos en ella, lo cual le obligó á jugar el segundo cartucho á fin de mostrarse valiente.

Hé aquí lo que pierde á los jugadores. Tan pronto como el jugador se dá en espectáculo, se le puede considerar derrotado.

La señora de Marsillon perdió el segundo cartucho. Cogió un alfiler y marcó heroicamente su derrota. Pero cómo tomar la revancha?

Volvióse hácia Octavio y le dijo con sencillez:

—Y sin embargo, siento una corazonada: saldrá una série de colorados.

Octavio desarrugó un billete de mil francos y lo echó al colorado.

—Quiero una mitad de las ganancias, dijo con una galantería exquisita.

Salió el colorado.

—Juega tres mil francos dijo al banquero.

Y con aire distraido aumentó la apuesta con otro billete de mil francos.

El colorado salió.

Dado el segundo golpe, Octavio alcanzó el máximo.

—Juego seis mil francos.

La señora de Marsillon no decia una palabra.

El colorado salió ocho veces. El juego no habia concluido, pero habia saltado la banca.

Ya se comprenderá que en torno de la mesa se observaba una emocion vivísima.

—Y bien! dijo Octavio á la señora de Marsillon, coged este rastrillo con vuestras blancas manos y tirad hácia nosotros aquellos lingotes y aquellos papeluchos.

—Es un trabajo enorme, dijo la señora de Marsillon cogiendo el rastrillo y dejándolo caer sobre aquella masa de monedas y de billetes de banco.

—Sabeis contar? preguntó Octavio á la hermosa jugadora.

—Nó, dijo esta. Y vos?

—Tampoco. Coged los papeluchos y yo cogeré el oro.

—Nó, seriais robado. Llamemos á un polizonte.

—Oh! Dios mio, exclamó Octavio que sabia perfectamente lo que habia ganado: solo hay cuarenta y ocho mil francos.

—Y además de esto, observó la señora de Marsillon que sabia contar tan bien como Octavio, hay los dos mil francos que apostasteis.

—No hay que deducir nada. La apuesta es tan

vuestra como mia. No contais para nada vuestra inspiracion? Ved lo que es el azar: si hubieseis traído mil francos mas, yo no ganaria nada. Aun mas: si hubiese parlamentado medio minuto mas con aquel hipopótamo antes de darse la série de colorados, no hubierais perdido sino mil francos.

—Sí, los mil francos que se arrojan á los dioses celosos, segun dicen los jugadores.

El señor de Parisis hizo lo posible para que aquella cantidad fuese dividida como entre amantes; pero la señora de Marsillon solo quiso aceptar la mitad.

Fué prudente.

Despues de haber arriesgado unos cuantos lúises á la ruleta, siempre en compañía de Octavio, le saludó, sonriendo y le dijo que iba á acostarse.

—Os acompañaré, señora.

—Nó, caballero.

—No os dan miedo los ladrones?

—Nó: no temo ni á los ladrones de oro ni á los otros, dijo con acento de burla la señora de Marsillon.

Y salió.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO MARTÍNEZ"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIV.

LA LUNA MIRABA POR LA VENTANA.

Octavio creyó que debía llegar al cuarto antes que ella. Ahora que acababa de hacerla ganar veinte y cuatro mil francos, se creia menos adelantado que antes. Era de aquellos que no quieren recoger nunca el fruto del agradecimiento. Una mujer á la cual obligaba se convertia para él en un objeto sagrado.

Verdad es que no habia obligado á la señora de Marsillon: habia jugado con ella; pero temia que tomara sus ataques por el deseo de cobrar una deuda. Hé aquí porque deseaba llegar á la fonda antes que ella. Esto no le fué muy difícil. Cuando ella estaba á mitad del camino, él cogia la llave de su cuarto.

Su primera accion consistió en echarse sobre la cama que estaba de repuesto, fumando un cigarro, despues de haber encendido cuatro bujías al otro lado de la chimenea y que estaban sobre el velador.

—Esto está iluminado á *giorno*, dijo entrando la señora de Marsillon.

Buscó con los ojos y dió un paso hácia atrás, viéndolo á Parisis acostado.

—En verdad, caballero, que no aguardaba esto.

Octavio hizo un ligero saludo con su cabeza y siguió sin hacer el mas pequeño movimiento.

—Figuraos que he perdido, interrumpió luego. No son estas las emociones del juego? Siempre resultará que permanezco aquí tendido y que por nada del mundo me sostendría en pié.

—Qué se ha de hacer entonces? Y yo que por nada del mundo me acostaría si vos no os levantaseis.

—Quereis, pues, señora, condenarme á dormir en pié?

—Sé perfectamente, caballero, que vuestros piés no están hechos para tanto; mas tampoco los míos.

—Y bien, señora, acostaos; yo no me opondré á ello.

—Calle! Y es por esto que encendisteis cuatro bujías?

—Sí, señora; no conozco nada tan hermoso como una mujer cuando se acuesta, así como no conozco nada tan triste como una mujer cuando se levanta.

—Cuatro bujías! repitió la señora de Marsillon.

—Sí, dijo Octavio, sin contar que la luna asoma su hocico á la ventana.

—Todo esto no deja de ser muy curioso, caballero; pero van á dar las doce: vos no habreis olvidado los artículos de nuestro convenio: es hora de decirnos adios.

—Para siempre?

—Para siempre.

—Y bien, señora, lo que exigís está por encima de mis fuerzas, sed caritativa: esta cama es mi única tabla de salvacion: no me arrojéis al mar; os juro que no violaré las leyes de la hospitalidad.

—La hospitalidad! Como! tomáis una ciudadela que no estaba defendida, entráis en ella con armas y bagajes, os acostáis donde os place y me habláis aun de hospitalidad?

El rostro de la señora de Marsillon, hasta entonces alegre, tomó, de repente, un aspecto severo.

—Vamos, caballero, hemos soltado ya demasiadas torpezas; me obligareis á llamar y á suplicar al fondista que os eche á la calle.

—Id con tiento, señora, meteré ruido y se me pondrá mas y mas en el interior de la fonda.

—Vaya, caballero, poneos formal, aunque no sea mas que por cinco minutos. Me consta que no habeis venido á Baden por esto: vuestra cabeza es demasiado serena para acusar al champagne de tal locura.

Octavio habia levantado su cabeza.

—Señora, dijo, si me cerráis vuestra puerta, ó, mejor dicho, la mía, pensad en el compromiso en que me poneis: tendré que pedir hospitalidad á la señorita Tornasol.

—Y bien, caballero, os encontrareis en un país conocido; pues uno y otro habeis traído en las suelas de vuestros zapatos el polvo patriótico del boulevard de Capuchinos.

—Señora, no conoceis ni á ella ni á mí: la seño-

rita Tornasol, sea quien sea, jamás arriesgó sus piecitos en el boulevard de Capuchinos.

—Ah! sí: la conozco... de oidas. Es una antigua escudera que siempre está á caballo. Hariais mejor en llamarla Vuelve-Riendas.

—Vaya: veo que os poneis chistosa; mi causa está ganada.

—No, caballero, vuestra causa está mas perdida que nunca. Voy á llamar en seguida.

Octavio se levantó de un brinco; pronunció frases hipócritas que le permitieron retirar la llave, despues de haber cerrado la puerta dulcemente.

—Creia, dijo la señora de Marsillon, que esto unicamente se hacia en las comedias.

—Es posible, señora. Hay una cosa que no se hace nunca en las comedias.

Y arrancó el cordon de la campanilla.

—Os volveis loco!

—Qué diriais si fuera sábio?

La señora de Marsillon se situó con orgullo, cerca de la chimenea y dijo:

—Creeis, tal vez, que yo temo vuestras violencias y que me inquieto por vuestra malicia.

—No. Me imagino que no podeis concluir tan hermoso dia con una noche toledana.

—Y bien, contaré mi oro y deduciré mis gastos.

—No creia que fueseis una muger de números.

—Si me amaseis mejor, sino quisieseis que me despoetizara á vuestros ojos, abriria la ventana y so-

ñaria al resplandor de la luna, á semejanza de Julietta cuando esperaba á Romeo.

—Pero si Romeo está aquí!

—Vos! Romeo! Si fueseis Romeo, bajariais en seguida para darme una serenata; pero en el barrio de los indiscretos no se conocen los Romeos.

La señora de Marsillon abrió la ventana. Parisis, naturalmente se colocó en el alfeizar; pero ella le rechazó con una indignacion ya natural, ya fingida.

—Cuan bella estais asi! dijo Octavio cruzándose los brazos, pues comprendia que el momento de la batalla no habia aun llegado.

—Lo sé, dijo la señora de Marsillon, una mujer está siempre hermosa, cuando se queda frente á frente de un hombre que se olvida.

—Quereis fumar, señora?

La señora de Marsillon sonrió con amargura.

—A que vienen estas impertinencias? dijo. Que os he hecho? Si en Paris se supiese que entre las doce y la una de la noche, el señor de Parisis se encontraba el 5 de setiembre con una muger de mundo, que se pensaria?

—Hace ya mucho tiempo, señora, que Paris no piensa en estas cosas: tendria que pensar demasiado. Solo los torpes se indignan por los placeres de otros. Os lo ruego: no seamos preocupados. Vos estais sola en Baden como yo mismo; ya que sois amante de los números ya sabeis que uno y uno hacen dos; hay nada tan hermoso como este número de oro,

cuando lo constituyen una muger hermosa y un hombre enamorado?

Octavio se habia acercado á la señora de Marsillon y habia cogido su mano.

—Pensad, señora, que no habeis venido aquí para hacer penitencia.

—Esto no os concierne, caballero; vos no teneis ningun título para examinar mis acciones.

—Quizá, señora, pues yo soy la opinion pública.

—Pues bien: si sois la opinion pública, me burlo de ella.

Desde hacia una hora la señora de Marsillon adoptaba las actitudes de una muger de mundo que se indigna y que no quiere ser vencida; mas hubo de pronunciar estas últimas frases con toda su energia.

—Quien sabe, se dijo Octavio, si es una pícara sencilla, ó, mejor dicho, una pícara astuta?

Mas luego reflexionó que muchas mujeres del gran mundo, adoptan, para estar mas en moda, el hermoso lenguaje y las hermosas maneras de las corredoras de aventuras.

Quiso escribir algunas páginas arqueológicas, y dijo:

—Pero, señora, debemos conocernos mucho; los dos somos bien nacidos: ambos tenemos que frecuentar los mismos parages.

—No, caballero; excepto en mi casa, jamás os he encontrado en parte alguna.

—Vais á las recepciones de la corte, á las fiestas

de las embajadas, á las tertulias de los ministros?

—No, caballero: nunca salgo de casa.

—Y que haceis en vuestra casa, señora?

—Nada os importa, caballero: está prohibido el entrar en la vida privada.

Parisis atormentó su bigote.

—Sois una mujer impenetrable.

—No: soy tan sencilla que no penetráis en mi alma, porque la miráis con lentes.

—Mis lentes no me impiden ver que teneis los mas hermosos brazos del mundo.

Parisis deslizaba su mano por entre las mangas de su vestido.

—Fria como la serpiente! exclamó.

—Soy una muger de mármol.

—Donde está Pygmalion? Cuando vos estais en Baden se encuentra en Biarritz vuestro marido?

—Id á verlo.

En aquel instante una mariposa se estrelló en la luz de la bugia. La señora de Marsillon se estremeció y casi se abandonó á las acariciadoras manos de Octavio.

—Que bestia soy! dijo ella: he aquí, sin embargo lo que me dá miedo.

—Y bien, señora, mataremos las bugias para que las mariposas no incomoden. Por otra parte se han gastado y se hallan en el último extremo.

—Y vos creéis, tal vez, que yo tambien me hallo en el último extremo? Pues bien, os confieso franca-

mente que es cierto, porque me habeis enervado y me estoy muriendo de sueño... Id con tiento... me destrozais mis blondas.

Octavio habia apagado las bugias.

—Veamos, señor de Parisis: sed discreto: acostaos y yo me echaré en un sillón.

—En un sillón!

Octavio levantó en sus brazos de acero á la bellísima amazona, bien como si hubiera sido un niño.

La señora de Marsillon se quedó tan maravillada ante la fuerza de Parisis, que no pudo menos que exclamar:

—Nunca habia visto esto!

—Es la fuerza de la pasión, dijo Octavio, cortando cada una de estas frases, con una lluvia de besos.

—Oh! Dios mio! Dios mio! que será de mí?

La señora de Marsillon ocultó la cabeza entre sus manos.

—Porque os ocultais, si he matado las bugias?

—No veis que la luna nos mira por la ventana?

XV.

POR QUÉ ÁNGELA PARTIA.

Al siguiente día, ó, mejor dicho, cuando el sol brillaba en el camino de Lichtenthal y en la montaña del Viejo Castillo, la señora de Marsillon, se incorporó sobre la almohada y saltó sobre sus zapatitos sin querer despertar á Octavio, el cual fingia dormir.

Se vistió precipitadamente como un viajero al cual escapa el tren. Esto sin embargo, se tomó el necesario tiempo para mirarse en el espejo de la chimenea.

—No es verdad que estais así hermosa? la preguntó Octavio sin moverse.

Estaba aun sin peinar; su palidez estallaba debajo sus cabellos negros, ligeramente rizados.

—No, no estoy hermosa: me imagino que me estais viendo en sueños, pues aun no habeis despertado.

—Es un reproche que no merezco, pues ni siquiera he dormitado: yo sí que os contemplaba dormida.

—Tengo miedo de no poder marchar esta mañana: gracias á vos me olvidé de dar cuerda á mi reloj y estos relojes de fonda señalan unicamente la hora del almuerzo.

—Porque habiais de marchar? Acaso os echo yo? no tenemos un cuarto con dos camas?

—Oh! Dios mio! perdonadme vuestras frases maliciosas: hablo de marchar porque tengo que marchar. Como quereis que yo siga en Baden despues de nuestro encuentro, del cual se ocupará esta tarde toda la comarca?

—Mi querida Angela, que os importa esto? Yo te amo, tu eres hermosa... ni una palabra mas. Voy á mandar un telégrama á Paris; mis caballos llegarán mañana con mis criados; alquilaremos un chalet por ocho dias en el camino de Lichtenthal y en él nos comeremos los veinte y cuatro mil francos que me hiciste ganar ayer.

La señora de Marsillon miró á Octavio y pareció como seducida ante la perspectiva de vivir ocho dias con él, en aquella soledad mundana y romántica á un mismo tiempo.

—He aquí una idea magnífica!

—Pertenezco á la escuela de Mr. de Girardin, el cual tiene una idea cada ocho dias. Convenido, no es cierto?

—Con vos se pierde el tiempo diciendo no.

Octavio se habia vestido. Besó á Angela en la garganta y salió apresuradamente, diciendo que iba á dar órdenes para almorzar en el salon de la Conversacion.

—Aguardadme debajo del olmo de Mery, le dijo la señora de Marsillon.

Media hora despues, Octavio estaba sentado bajo el olmo de Mery, frente á los peldaños que conducian al salon de la Conversacion, y cerca una mesa cubierta superabundantemente con botellas de vino del Rhin. Esperaba á Angela leyendo un periódico, para enredar mas y mas su espíritu en la cuestion de Oriente.

Se le preparaban las mas hermosas langostas y las mas bellas truchas, cogidas en las cascadas. La señorita Tornasol fué á sentarse á su lado.

—Preparas para mí el banquete?

—Si, dijo Octavio, que no queria ser cogido sin mujer.

Habian transcurrido ya cinco minutos, y esto le parecia demasiado.

Ademas de esto, ya se sabe que su mayor dicha consistia en atraer las nubes, en barajar los naipes en jugar con los enredos á semejanza de los indios que juegan con los cuchillos. Jamás se hallaba tan contento de si propio, como cuando se hallaba en situaciones difíciles. La cólera de Hermiona, las lágrimas de Berenice, las imprecaciones de Safo eran dulces á su alma. Afrontaba el peligro con la sonrisa en los labios y la tranquilidad mas serena. Decia que las mejores melodias eran aquellas que hacian vibrar todas las cuerdas.

Almorzó con la señorita Tornasol, en la esperanza de que la señora de Marsillon llegaria altanera y humillada, á la vez, á turbar aquel duo matinal.

Pero Angela no llegó.

El joven pensó que habria visto desde lejos á la señora Tornasol, y que habria retrocedido.

—Despues de todo, murmuró, bebiendo la última perla de Johannisberg que tenia en la copa, es quizá una mujer honrada.

Cuando media hora despues volvió á la fonda no quedó poco sorprendido al saber que la señora de Marsillon habia partido. Subió á su cuarto bien persuadido de que encontraria un billete de despedida.

En efecto sobre la chimenea halló el siguiente:

«Adios; no os guardo rencor; pero no nos veremos más.»

Una nube de melancolía se esparció por la frente de Octavio. Durante todo aquel dia le hablaron de su misantropía. Todo fué mal: no hizo saltar la banca: por el contrario, le hicieron saltar su dinero. La señorita Tornasol no le dejó un minuto; encontró un músico cuya presencia era de mal augurio, y durante la comida vertió el salero de la mesa.

Mas por la noche, juzgad si fué feliz, cuando entró en su cuarto con la idea de dormirse con el recuerdo de Angela, se halló con una mujer acostada.

—Angela! exclamó el joven.

Y corrió para abrazar á la señora de Marsillon.

Cual no fué su desesperacion al reconocer á la señorita Tornasol!

Como en el dia anterior habia allí cuatro bugías

encendidas, las apagó furioso como si debiese hallar su ilusion perdida; mas la luna, burlona como en la noche anterior, se asomó por la ventana.

Porqué habia partido Angela?

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XVI.

VIOLETA INCOMUNICADA.

Octavio no era elegiaco; se consolaba de las mugeres con las mujeres.

A su regreso á Paris buscó en todas partes á la señora de Marsillon; pronunció su nombre en todas las tertulias pero nadie le respondió. Creyó que era una provinciana que se había estraviado en Baden, ó alguna mujer casada que se quería divertir sin participarlo á su marido. Pensó que el nombre de señora de Marsillon era un pseudónimo y juró que nunca mas se dejaria engañar por las mujeres que viajan.

Aguardaban á Octavio muchas cartas. Miró todos los sobres antes de abrirlas: aguardaba una carta de Champauvert y halló una del Sr. Ruiseñor que fué para él como un rayo.

«Señor Duque:

»Despues de algunas diligencias verificadas para averiguar lo del veneno esparcido en el ramillete de rosas, acaba de ser arrestada en Paris una tal señorita Violeta, que vos sin duda, señor Duque habeis de

conocer si no mienten los periódicos. Se dice que uno de estos dias será llevada á Champauvert para continuar tan misterioso proceso.

»RUISEÑOR.»

El Sr. de Ruiseñor habia cortado un pedazo de un diario de provincias que Parisis leyó furioso:

«En esta comarca no se habla mas que del arresto de una de esas jóvenes á la moda que son la desesperacion de las familias. Esta jóven que se ha bautizado con el nombre de Violeta, pero cuyo verdadero nombre es Marty—un verdadero nombre de melodrama—llegó hace tres semanas á un castillo vecino, presa de una rabia feroz que, segun se dice la ha impulsado á cometer un abominable crimen. Si es cierto lo que de público se afirma, ha utilizado el veneno de los Médicis, esparciéndolo en un ramillete de rosas que se debia ofrecer á una jóven, perteneciente á una de las mas distinguidas familias, en el momento de casarse. En el acto de arrestarla, Violeta ha pronunciado un nombre muy conocido, un nombre ilustre que está en nuestra obligacion el callarlo. La justicia sigue su curso; la malignidad encontrará muchos motivos de curiosidad en una causa que será célebre.»

Como el médico de Champauvert hubiese hablado con misterio en todas partes del ramillete envenenado, el procurador imperial no habia podido matar el pro-

ceso. El juez instructor habia sabido buscar tan bien la forastera que se habia alojado en la fonda del Leon de Oro, que habia errado en los campos de Champauvert, que, por fin, habia encontrado sus huellas y firmado el auto de prision contra la hija de Luisa Marty, por otro nombre, Violeta, domiciliada en Paris, calle del Alba núm. 7, antigua avenida de Eylau.

Octavio leia por segunda vez la carta del Sr. Ruiseñor, cuando un criado le dijo que un hombre de mal aspecto, vestido de negro y con una corbata encarnada, rogaba que se le introdujera.

Este hombre se presentó ante Octavio. Reconoció en él á uno de esos tunos Parisienses, familiares del Palacio de Justicia, de los tugurios nocturnos y de los lugares malos.

—Qué me quereis? preguntó el duque de Parisis.

—Tengo que entregaros algo.....

—Y bien?

El hombre de la corbata encarnada hizo una seña al criado para que saliese. Despues sacó una cartera —pues traia una cartera—una admirable cartera de piel de Rusia que la noche anterior habia robado á un inglés bajo el pretexto de pedirle lumbre para encender un cigarro.

—Entre nosotros, dijo, no hay que andar con cumplidos, yo soy mandadero en la puerta de las cárceles. Presto mas servicios yo solo que todos los empleados de Correos y se me pueden fiar grandes valores: ya veis, príncipe, que traigo una cartera.

—Me traeis dinero? preguntó Octavio sonriendo.

—Dinero! Si os lo trajera me echarias á la calle. Os traigo mejor que eso.

Y el mandadero de las cárceles entregó á Octavio una carta de Violeta.

—Exije una respuesta? interrogó el jóven rompiendo el sobre.

—Sí; la dama está en el secreto y os juro por mi honor que lo que le escribais llegará á sus mangos.

Y como en todos los grados sociales existen hombres que juegan con palabras, añadió:

—Para mí no hay secretos.

Hé aquí la carta de Violeta:

«Octavio! Octavio! estoy casi muerta de dolor. Lo sabeis? Ayer, cuando volvia del bosque, dos hombres que permanecian cerca la puerta de mi casa, me dijeron que les siguiera á la prefectura de policia. Traté de seguir adelante; pero uno de ellos puso brutalmente sobre mí su mano. Resistí, y el otro me habló con mas dulzura y me propuso subir en un coche. Me hizo comprender que era indispensable obedecer si queria evitar el escándalo en una calle donde todo el mundo me conoce. Subí al coche con la esperanza de que en todo esto habria una equivocacion y que el juez me pondria en libertad; pero se me echó en un calabozo, bien como si fuese criminal y en medio de tres mujeres á las cuales no conozco. De qué se me acusa, Dios mio! Una de estas mujeres me ha confiado, con cierto aire de simpatía, que ella estaba allí

con el fin de hacerme hablar. Dios sabe si tengo que decir algo! Si recibís esta carta, que esta mujer me prometió hacer llegar á vuestras manos, procurad salvarme de esta muerte anticipada. El auto de prisión llevaba en efecto el nombre de Luisa Marty, por otro nombre Violeta; pero estoy cierta de que la justicia está equivocada. Octavio! Octavio! por qué no me dejasteis morir á la puerta de la señora de En-traygues?

»VIOLETA.»

—Y bien, estais contento? preguntó el hombre de la corbata encarnada.

—Sí, muy contento, respondió Octavio. Escribió estas frases á la jóven:

«Violeta,

»Velo por tí.

»PARISIS.»

—Tomad, prosiguió: es necesario que esta carta llegue allí dentro una hora.

—Cómo he de arreglarme, príncipe! Aun no he almorzado.

—Y bien, dijo Octavio echándole cinco luises, hoy no almorzareis.

El día en que el señor de Parisis recibía las cartas del señor Ruiseñor y de Violeta, la marquesa de Fontaneilles recibía la siguiente de Genoveva:

«Mi querida Armanda.

»Estoy desesperada. No sé que demonio se ha encarnado en Champauvert desde la muerte de mi tia; pero yo me muero de dolor. A quien he de abrir mi corazón? Ah! si tú estuvieses aquí! Si me amas, vente. Figúrate que fui envenenada por un ramillete de rosas. Pero no está el mal aquí. El mismo ramillete envenenó á una de mis doncellas que se quiso reir de aquel veneno.

»A pesar de todas mis súplicas se instruyó un proceso y tendré que comparecer en él como testigo. Antes quisiera morir. Y luego figúrate que se ha arrestado á una pobre jóven que ama al señor de Parisis; yo garantizo que no es culpable. Mas no puedo revelar el nombre de la envenenadora, por mas que la conozco perfectamente. Esto es un desconsuelo. Un escándalo. No sé donde ocultar mis lágrimas. Vente á verme si me amas. Te lo contaré todo. Pero los diarios hablarán por mí. Oh! Dios mio! Dios mio! Quién ha permitido que la dignidad de las familias, que el pudor de las mujeres, que todas las virtudes sean así lanzadas como un pasto á la voracidad y torpeza de la opinion pública!

»Adios: el dolor me mata.

»GENOVEVA.»

La marquesa de Fontaneilles quiso correr á Champauvert para consolar á Genoveva; pero el marqués

se opuso, temiendo que su nombre fuese inscrito en el proceso.

La señorita de la Chastaigneraye se quedó sola, frente á frente de su dolor, cuya intensidad nadie conocia.

Un volúmen de la Bruyere le habia marcado esta idea: *Querer olvidar á alguien, es pensar en él.* Consistia en esto su principal dolor?

Ella que no habia pecado leia á la señorita de La Valliere, como si escuchara á una hermana: «Jesucristo murió con objeto de pagar nuestras deudas; rompió el yugo de la esclavitud y nos hizo sus hijos adoptivos.» Si, decia Genoveva, Jesucristo pagó nuestras deudas y nos adoptó por hijos; mas no rompió el yugo de la esclavitud, puesto que no rompió el yugo del amor?

XVII.

DONDE SE VERÁ COMO ALGUNAS SEÑORITAS VAN
Á CASA DEL SEÑOR JUEZ DE INSTRUCCION.

El señor de Parisis corrió al Palacio de Justicia. Tenia un compañero de colegio que era juez de instruccion, el cual se habia distinguido por tres ó cuatro condenas á muerte. Este juez buscaba los criminales, como Octavio buscaba á las mujeres. En las criaturas no veia mas que el pecado original. La frase *redencion* estaba borrada de su diccionario; creia que la pena de muerte, era la garantia de la vida. Cuando interrogaba á un acusado ofrecia siempre un curioso espectáculo: habia, por decirlo así, resucitado el tormento por lo mucho que tiranizaba las conciencias, oprimia las almas y flajelaba los espíritus.

Y como todo son contrastes en el mundo, en la vida privada aquel hombre era el mejor del mundo. Como Leonardo de Vinci, compraba la libertad de los pájaros, era generoso con los saltimbanquis, y hubiera partido su capa á fin de cubrir los hombros de dos mendigos.

Cuando Parisis hubo entrado en su despacho, se